Archivo de la Frontera

Svetlana Alexiévich

Los muchachos de zinc

VOCES SOVIÉTICAS DE LA GUERRA DE AFGANISTÁN

Barcelona, 2017. Debolsilo

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada
Fecha de Publicación: 21/01/2020
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

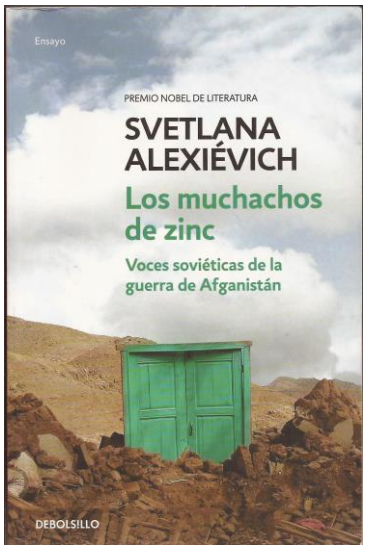
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

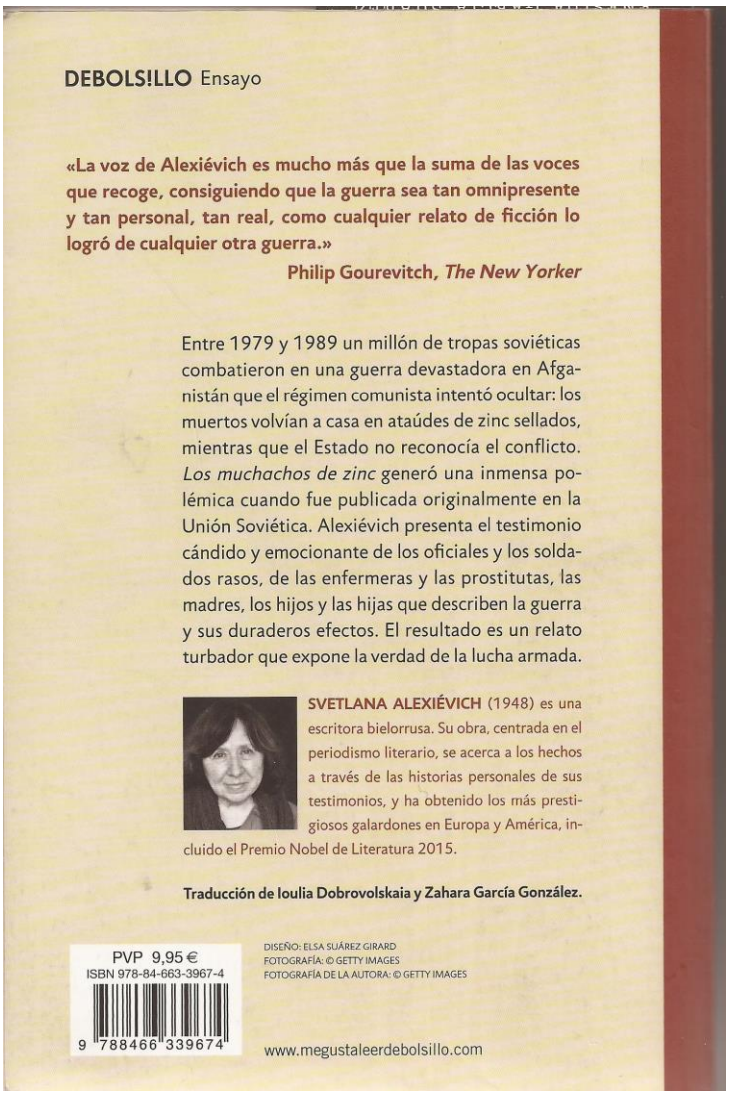
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola**.**

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Svetlana Alexiévich: Los muchachos de zinc

VOCES SOVIÉTICAS DE LA GUERRA DE AFGANISTÁN
Barcelona, 2017. Debolsilo





DEBOLSILLO Ensayo

«La voz de Alexiévich es mucho más que la suma de las voces que recoge, consiguiendo que la guerra sea tan omnipresente y tan personal, tan real, como cualquier relato de ficción lo logró de cualquier otra guerra.»

Philip Gourevitch, *The New Yorker*

Entre 1979 y 1989 un millón de tropas soviéticas combatieron en una guerra devastadora en Afganistán que el régimen comunista intentó ocultar: los muertos volvían a casa en ataúdes de zinc sellados, mientras que el Estado no reconocía el conflicto. *Los muchachos de zinc* generó una inmensa polémica cuando fue publicada originalmente en la Unión Soviética. Alexiévich presenta el testimonio cándido y emocionante de los oficiales y los soldados rasos, de las enfermeras y las prostitutas, las madres, los hijos y las hijas que describen la guerra y sus duraderos efectos. El resultado es un relato turbador que expone la verdad de la lucha armada.

SVETLANA ALEXIÉVICH (1948) es una escritora bielorrusa. Su obra, centrada en el periodismo literario, se acerca a los hechos a través de las historias personales de sus testimonios, y ha obtenido los más prestigiosos galardones en Europa y América, incluido el Premio Nobel de Literatura 2015.

Traducción de Ioulia Dobrovolskaia y Zahara García González.

PVP 9,95 €
ISBN 978-84-663-3967-4
9 788466 339674

DISEÑO: ELSA SUÁREZ GIRARD
FOTOGRAFÍA: © GETTY IMAGES
FOTOGRAFÍA DE LA AUTORA: © GETTY IMAGES

www.megustaleerdebolsillo.com

Un alegato antibelicista de particular fuerza expresiva; de una periodista bielorrusa y que en su momento, durante el hundimiento del régimen soviético, levantó ronchas en la sociedad y en el mundo político y militar ruso, y amplio debate y acogida en el mundo europeo y americano. En 2015 le dieron el premio Nobel. La sensibilidad femenina aparece en un primer plano del relato, y de ello es plenamente consciente la autora desde el principio del libro:

> "No logro quitarme de encima la sensación de que la guerra
> es fruto de la naturaleza masculina, de la que en muchos aspectos
> me siento muy alejada. Aunque es cierto que la cotidianidad de la guerra
> es grandiosa. Apollinaire veía la belleza en ella." (p.24).

Esto lo escribe en la primera parte del libro, una suerte de selección de un cuaderno personal de notas de guerra, con entradas de 1986 y 1988, cuando aún lo rusos estaban

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

en la guerra de Afaganistán (1979-1989). En la guerra, dice, “he comprendido que el pensamiento humano puede llegar a ser muy cruel”, así como que “No se debe poner a prueba al ser humano de este modo. El ser humano no resiste tantos experimentos” (p.27). En una anotación del 20 de septiembre de 1988, en plena acción todavía de periodista bélica, escribía:

> He visto un combate…
>
> Han matado a tres soldados… Por la noche hemos cenado todos juntos
> y nadie se ha acordado de los muertos, aunque los tenemos aquí al lado.
>
> El derecho del hombre a no matar. A no aprender a matar.
> No está escrito en ninguna de las constituciones existentes. (p.28).

Más adelante, en ese mismo día, escribirá con ese tono reflexivo desde un límite de la experiencia humana, desde la guerra, algunos párrafos sapienciales sobre su propia experiencia narradora y creativa que cualquier historiador debería tener en cuenta para su propio trabajo:

> Yo rastreo el sentimiento, no el suceso. Cómo se desarrollan
> nuestros sentimientos, no los hechos. Probablemente
> lo que yo estoy haciendo se parece a la labor de un historiador,
> soy una historiadora de lo etéreo. ¿Qué ocurre
> con los grandes acontecimientos? Quedan fijados en la Historia.
> En cambio, los pequeños, que sin embargo son importantes
> para el hombre pequeño, desaparecen sin dejar huella.
> Hoy mismo un chico – no parecía un soldado, era frágil y de aspecto
> enclenque – me ha contado lo extraño y a la vez apasionante
> que es matar todos juntos. Y lo espantoso que es fusilar.
>
> ¿Acaso eso quedará en la Historia? Eso es
> a lo que yo me dedico desesperadamente (libro tras libro):
> a disminuir la historia hasta que toma una dimensión humana.

Ese tipo de reflexiones está en la base de otro sueño de historiador total, llegar a conseguir un relato no nacionalista y no confesional de la realidad histórica del hombre, a veces eso que llamaron también la “Historia de la gente sin historia”, o de la “gente subalterna”, o la historia de la cultura popular, pero más allá aún. Al día siguiente de esas notas, el 21 de septiembre de 1988, sigue reflexionando sobre su propia creación literaria desde el campo de batalla mismo, pues a lo lejos oye disparos y explosiones:

> Después de las guerras del siglo XX y sus muertes masivas, la tarea
> de escribir sobre guerras modernas (más pequeñas), como la guerra afgana,
> requiere otra postura ética y metafísica. Hay que reclamar un espacio
> para lo diminuto, para lo personal y lo aislado.
> Un solo hombre. Único para alguien. El hombre no debe verse
> desde la perspectiva del Estado, sino desde la perspectiva de quién es
> para su madre, para su mujer. Para su hijo. ¿Cómo recuperar
> la perspectiva normal? (p.30).

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Creo que precisamente de eso trata este libro de la Alexiévich. Y para ello elige una técnica literaria con una perspectiva que ha sido utilizada mucho por antropólogos y sociólogos y que parte de lo que han llamado "historias de vida". Buscar la voz de aquella persona que tienes ante ti y con ella construir una suerte de monólogo literario que en ocasiones puede hasta alcanzar la cota del "monólogo interior" que tanto han utilizado tantos novelistas. Decenas y decenas de voces, como esbozos de posibles relatos sobre experiencias personales límite vividas, en este caso la guerra y sus consecuencias personales… El 23 de septiembre, escribe, una vez más, en su libreta de reportera de guerra, tras ver desde un helicóptero centenares de ataúdes de zinc, los que usan en el ejército para repatriar y enviar a sus casas los restos de los soldados caídos en combate, y que terminarán dando título al libro que escribirá la periodista:

> Cuando te enfrentas a algo así enseguida surge un pensamiento:
> la literatura se ahoga dentro de sus límites… El hecho y su reproducción
> sólo sirven para expresar lo que ven los ojos, ¿quién necesita
> un informe detallado? Hace falta algo diferente…
> Instantes estampados, extirpados de la vida… (p-30).

Ese planteamiento personal supera lo metodológico de un profesional del periodismo, de la historia o de la sociología y abre su propio camino literario pues desborda también la literatura narrativa sin más, la literatura a secas. Por ello el libro de Esvetlana Alexiévich es un puñetazo literario capaz de conmover más allá, mucho más allá del simple relato periodístico o novelístico, y capaz de crear todo un debate público, como sucedió en Rusia y fuera de Rusia también, que ojalá surta el efecto que inconscientemente la autora buscaba. Y que aparece manifiesto en el último fragmento de esa libreta de notas de la reportera de guerra, en esa experiencia personal liminar o límite que generó una pieza literaria maestra; el mes de septiembre de 1988 debió ser para la autora de una densidad creadora tal que en él se fragua la obra creada, y en esos textos se trasluce ese acto de creación literaria con la fuerza similar a ese capítulo 9 del Quijote, y que muy pocos autores saben transmitir a sus lectores con esa fuerza. Y es así manifiestamente, porque en el arranque de esas notas de otro cuaderno personal de periodista, más de dos años atrás, en junio de 1986, en otra visita al frente de guerra afgano, había escrito: "No quiero volver a escribir sobre la guerra…" (p.19). Pero volvió a hacerlo; y así nació este libro y la transformación misma de la escritora. El 25 de septiembre de 1988, en esas notas previas al libro se habla ya de transformación personal:

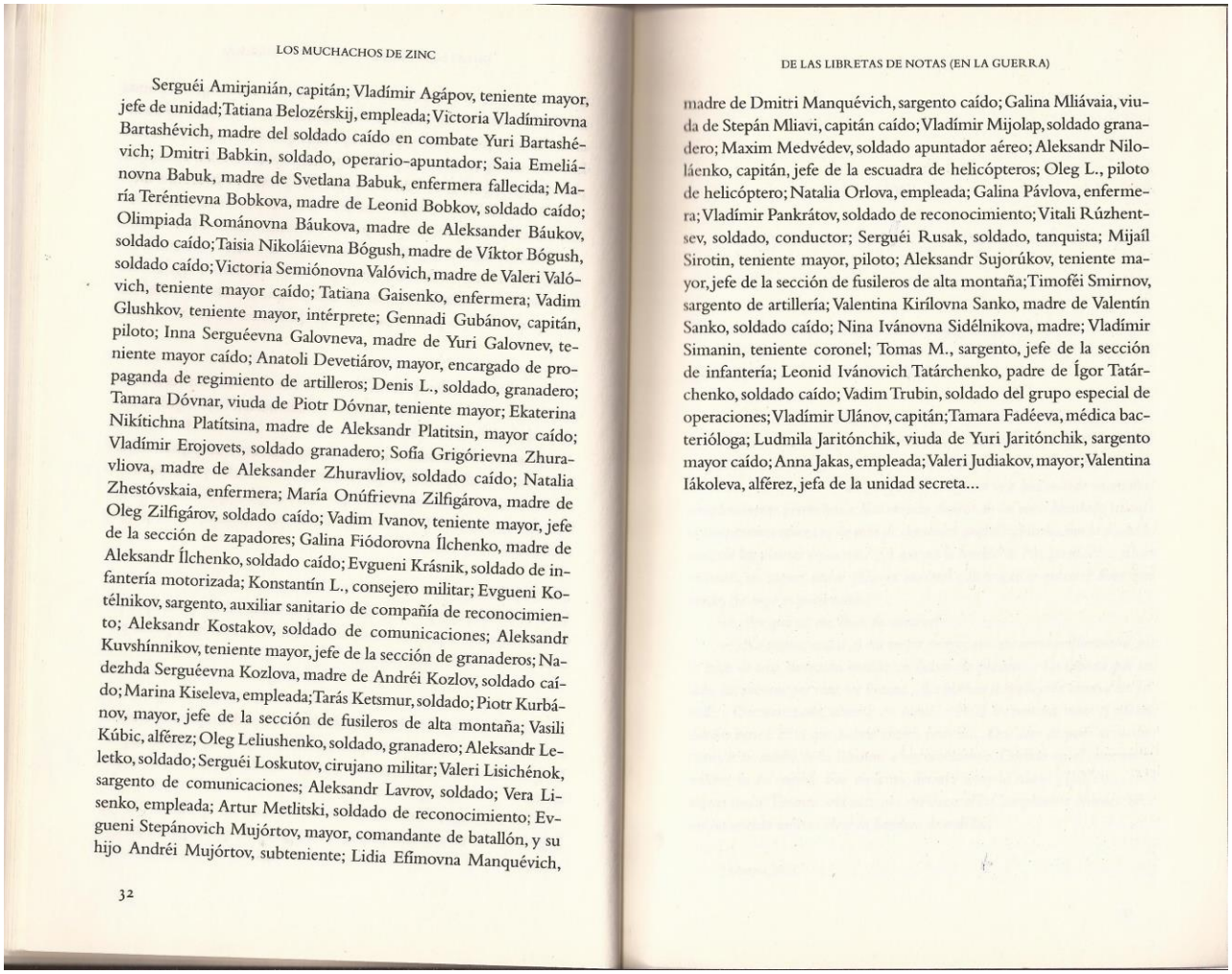
> Volveré siendo una persona libre… No lo era antes de ver
> lo que estamos haciendo aquí. Me sentía sola y asustada.
> Volveré y jamás entraré en un museo militar…

***

En las decenas y decenas de historias de vida que recoge de excombatientes o parientes de excombatientes en Afganistán, hombres y mujeres, no pone el nombre real del personaje, pero sí recoge esos nombres reales en una página del libro que ella sola tiene la categoría de documento histórico, con esa fuerza evocativa, por ejemplo, que tienen algunos listados de galeotes de los archivos hispanos, genoveses o napolitanos del siglo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

XVI, por ejemplo, de los que uno a lo largo de su trayectoria de historiador modernista se fue encontrando por ahí; quedan como testimonio único y dramático de una existencia desventurada y siguen gritando al cabo de los siglos, mudos ya pero escalofriantes al mismo tiempo, demandando su lugar en la gran Historia. Esa que, sin duda, aún no hemos logrado narrar con el tono adecuado.



LOS MUCHACHOS DE ZINC

Serguéi Amirjanián, capitán; Vladímir Agápov, teniente mayor, jefe de unidad; Tatiana Belozérskij, empleada; Victoria Vladímirovna Bartashévich, madre del soldado caído en combate Yuri Bartashévich; Dmitri Babkin, soldado, operario-apuntador; Saia Emeliánovna Babuk, madre de Svetlana Babuk, enfermera fallecida; María Teréntievna Bobkova, madre de Leonid Bobkov, soldado caído; Olimpiada Románovna Báukova, madre de Aleksander Báukov, soldado caído; Taisia Nikoláievna Bógush, madre de Víktor Bógush, soldado caído; Victoria Semiónovna Valóvich, madre de Valeri Valóvich, teniente mayor caído; Tatiana Gaisenko, enfermera; Vadim Glushkov, teniente mayor, intérprete; Gennadi Gubánov, capitán, piloto; Inna Serguéevna Galovneva, madre de Yuri Galovnev, teniente mayor caído; Anatoli Devetiárov, mayor, encargado de propaganda de regimiento de artilleros; Denis L., soldado, granadero; Tamara Dóvnar, viuda de Piotr Dóvnar, teniente mayor; Ekaterina Nikítichna Platítsina, madre de Aleksandr Platitsin, mayor caído; Vladímir Erojovets, soldado granadero; Sofía Grigórievna Zhuravliova, madre de Aleksander Zhuravliov, soldado caído; Natalia Zhestóvskaia, enfermera; María Onúfrievna Zilfigárova, madre de Oleg Zilfigárov, soldado caído; Vadim Ivanov, teniente mayor, jefe de la sección de zapadores; Galina Fiódorovna Ílchenko, madre de Aleksandr Ílchenko, soldado caído; Evgueni Krásnik, soldado de infantería motorizada; Konstantín L., consejero militar; Evgueni Kotélnikov, sargento, auxiliar sanitario de compañía de reconocimiento; Aleksandr Kostakov, soldado de comunicaciones; Aleksandr Kuvshínnikov, teniente mayor, jefe de la sección de granaderos; Nadezhda Serguéevna Kozlova, madre de Andréi Kozlov, soldado caído; Marina Kiseleva, empleada; Tarás Ketsmur, soldado; Piotr Kurbánov, mayor, jefe de la sección de fusileros de alta montaña; Vasili Kúbic, alférez; Oleg Leliushenko, soldado, granadero; Aleksandr Leletko, soldado; Serguéi Loskutov, cirujano militar; Valeri Lisichénok, sargento de comunicaciones; Aleksandr Lavrov, soldado; Vera Lisenko, empleada; Artur Metlitski, soldado de reconocimiento; Evgueni Stepánovich Mujórtov, mayor, comandante de batallón, y su hijo Andréi Mujórtov, subteniente; Lidia Efímovna Manquévich,

32

DE LAS LIBRETAS DE NOTAS (EN LA GUERRA)

madre de Dmitri Manquévich, sargento caído; Galina Mliávaia, viuda de Stepán Mliavi, capitán caído; Vladímir Mijolap, soldado granadero; Maxim Medvédev, soldado apuntador aéreo; Aleksandr Niloláenko, capitán, jefe de la escuadra de helicópteros; Oleg L., piloto de helicóptero; Natalia Orlova, empleada; Galina Pávlova, enfermera; Vladímir Pankrátov, soldado de reconocimiento; Vitali Rúzhentsev, soldado, conductor; Serguéi Rusak, soldado, tanquista; Mijaíl Sirotin, teniente mayor, piloto; Aleksandr Sujorúkov, teniente mayor, jefe de la sección de fusileros de alta montaña; Timoféi Smirnov, sargento de artillería; Valentina Kirílovna Sanko, madre de Valentín Sanko, soldado caído; Nina Ivánovna Sidélnikova, madre; Vladímir Simanin, teniente coronel; Tomas M., sargento, jefe de la sección de infantería; Leonid Ivánovich Tatárchenko, padre de Ígor Tatárchenko, soldado caído; Vadim Trubin, soldado del grupo especial de operaciones; Vladímir Ulánov, capitán; Tamara Fadéeva, médica bacterióloga; Ludmila Jaritónchik, viuda de Yuri Jaritónchik, sargento mayor caído; Anna Jakas, empleada; Valeri Judiakov, mayor; Valentina Iákoleva, alférez, jefa de la unidad secreta...

Grabadas en un magnetófono, cada una de esas historias de vida que componen el libro pueden considerarse un capítulo escrito por el propio narrador grabado por la escritora, que unificará finalmente todas las voces en el relato que titulará Los muchachos de zinc; una autoría compleja, coral. Y conflictiva. Una vez aparecido el libro, la autora sufrió dos denuncias de dos de los narradores grabados, la madre de un teniente caído y un soldado, y en la fase final del libro, a partir de la p.263 hasta la p. 330 y final, publica una suerte de apéndice documental con los interrogatorios principales de los procesos y las cartas y documentos de apoyo o rechazo que generó el debate público sobre el asunto, en el que se cuestionaba la libertad de expresión o la legitimidad o no de aquella guerra absurda y durísima que había lanzado el régimen comunista soviético en su fase final… En uno de los interrogatorios judiciales, de nuevo surge la voz de la autora, clarificadora:

> La guerra es un arduo trabajo y es un crimen, pero con el paso de los años

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

> solo se recuerda el arduo trabajo mientras el crimen se olvida.
> ¿Acaso sería posible inventar todos esos detalles, esos sentimientos?
> En mi libro hay una terrible variedad de ellos.
>
> […]
>
> En los últimos años ha desaparecido del mapa del mundo,
> de la Historia, el imperio comunista que los envió allí
> para matar y para morir. Ya no existe. Primero a la guerra
> la empezaron a llamar tímidamente "error político" y luego
> la llamaron "crimen". Ahora todos quieren olvidar Afganistán.
> Olvidar a estas madres, olvidar a los muchachos… El olvido
> es una forma de mentira. Las madres se han quedado solas
> frente a las tumbas de sus hijos. Ni siquiera cuentan con el consuelo
> de que la muerte de sus hijos no fue inútil […]
>
> Su pena sobrepasa cualquier verdad. Dicen que la plegaria de una madre
> sacará a su hijo del fondo del mar. En mi libro los salva de la inexistencia.
> Son las víctimas subidas al altar de nuestro despertar doloroso.
> No son los héroes, son los mártires. Nadie tiene derecho
> a lanzarles una piedra. Todos somos culpables, todos somos
> partícipes de esa mentira: de eso habla mi libro. (pp. 308-309).

En esa declaración de la autora ante el juez en el proceso generado por la aparición de su libro y la difusión en la prensa de algunos de los testimonios recogidos, visto por algunos sectores sociales y militares añorantes del antiguo régimen soviético como ultrajantes para la memoria de los caídos, también se cuestionaba la libertad de expresión y de creación artística, que la autora reivindica en su declaración con firmeza.

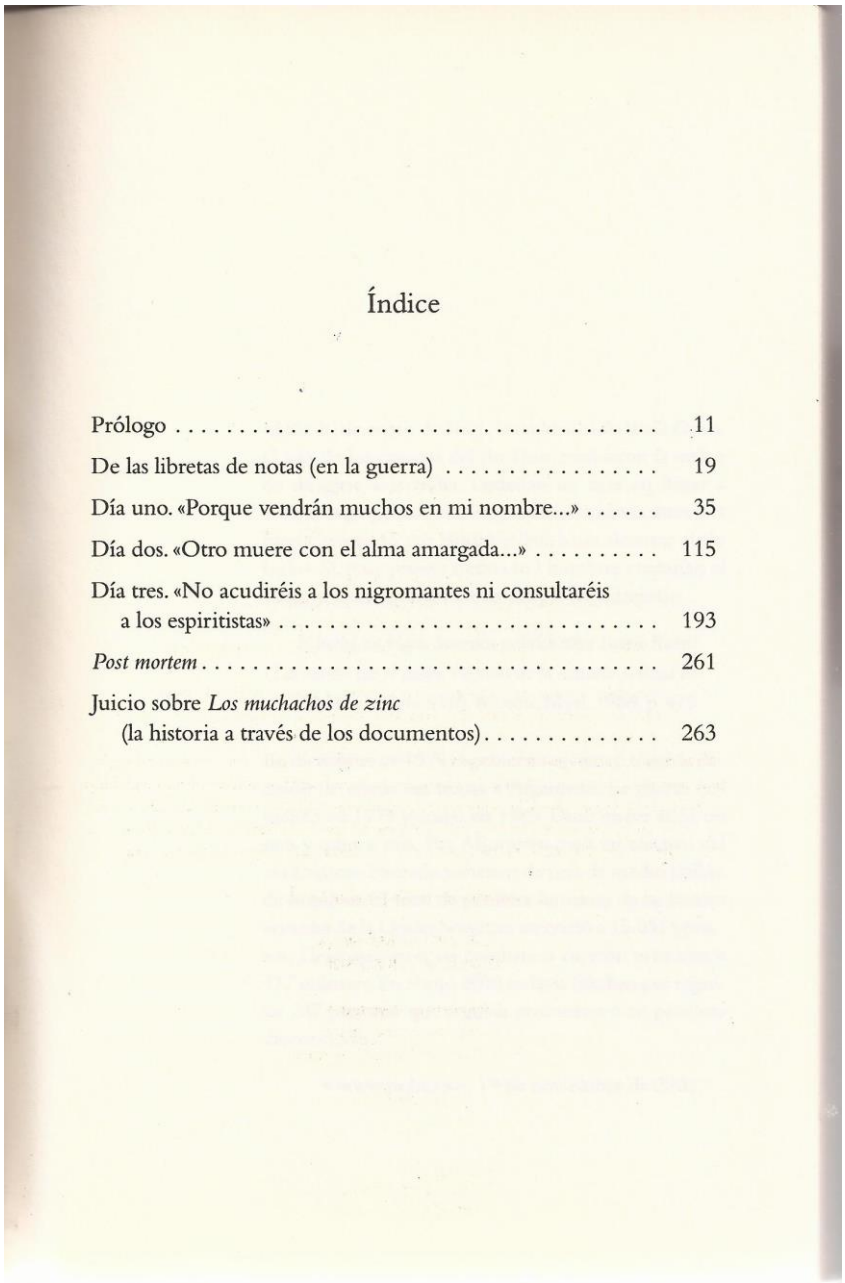
> ¿Qué tengo que reivindicar? Mi derecho como escritora
> a ver el mundo tal y como lo veo. Y a odiar la guerra.
> ¿O es que tengo que explicarles que existe la verdad y la verosimilitud,
> que un documento de una obra artística no es un certificado
> de la oficina de reclutamiento ni un billete de tranvía? Los libros que escribo
> son un documento y a la vez mi visión de los tiempos. Yo recopilo
> los detalles, los sentimientos, no de una vida concreta, sino del aire
> del tiempo en su totalidad, de su espacio, de sus voces. No invento,
> no fantaseo, sino que construyo los libros a partir de la realidad misma.
> El documento es lo que me cuentan, el documento en parte, soy yo,
> la artista, con mi propia visión y percepción del mundo.

***

La lectura, pues, de este libro puede ser una experiencia de particular intensidad literaria porque su creación fue fruto de una experiencia vital también de particular intensidad; y la autora supo componer al mismo tiempo que un objeto artístico y documento histórico también de particular intensidad. Y en esa línea que todo historiador debería anhelar conseguir, el relato no nacionalista y no confesional, el único capaz de rematar para siempre a los monstruos que nos asechan por todas partes aún.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

He aquí el índice de la obra:



Índice

Prólogo 11
De las libretas de notas (en la guerra) 19
Día uno. «Porque vendrán muchos en mi nombre...» 35
Día dos. «Otro muere con el alma amargada...» 115
Día tres. «No acudiréis a los nigromantes ni consultaréis a los espiritistas» 193
Post mortem 261
Juicio sobre *Los muchachos de zinc* (la historia a través de los documentos) 263

Y no me resisto a incluir un fragmento del texto con algunas de estas historias de vida evocadas; tres, en concreto. Estas notas de lectura son una provocación para el lector para que sienta deseo de ir a la obra misma completa, sí, pero también un repositorio digital al que acudir para releer y recordar algunos fragmentos que pudieran hacernos recordar una experiencia lectora feliz o estimulante. Si es que se necesita alguna justificación. Además, aunque no aparece un Nadador para nuestra colección literaria de Nadadores en el Archivo de la frontera, sí aparece un baño en el río en el primer fragmento seleccionado, uno de esos respiros vitales y de felicidad en una historia que al final tenía que terminar fatalmente en tragedia…

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

»En el cementerio todos estaban callados, había mucha gente pero todos guardaban silencio. Yo tenía un destornillador en las manos, no conseguían quitármelo.

»—Déjenme abrir el ataúd... Déjenme ver a mi hijo... —Pretendía abrir el ataúd de zinc con un destornillador.

»Mi marido trató de quitarse la vida: "No quiero vivir. Perdóname, pero yo no quiero seguir viviendo". Le convencí:

»—Tienes que ocuparte de poner la lápida, de colocar las baldosas. De arreglar la tumba como hacen los demás.

»Él no lograba conciliar el sueño. Me decía:

»—Me acuesto y viene nuestro hijo. Me abraza, me besa.

»Según la antigua costumbre guardé un trozo de pan durante cuarenta días... después del entierro... Al cabo de tres semanas se hizo añicos. Significa que la familia desaparecerá...

»Distribuí las fotografías de mi hijo por toda la casa. Me hizo sentirme mejor, a mi marido al revés.

»—Guárdalas. Me está mirando.

»Pusimos la lápida. Una buena, de mármol caro. El dinero que teníamos ahorrado para la boda de nuestro hijo se fue para la lápida. Colocamos unas baldosas rojas y plantamos unas flores también rojas. Unas dalias. Mi marido pintó la valla.

»—Ya está hecho todo. Nuestro hijo estará contento.

»Por la mañana me acompañó al trabajo. Se despidió. Regresé a casa y le encontré colgado en la cocina, justo delante de la fotografía de nuestro hijo, de mi favorita.

»—¡Señor! ¡Señor!

»Dígame usted: "¿Son héroes o no lo son?". ¿A santo de qué sufro estas desgracias? ¿Qué me ayudará a sobrevivirlas? A veces pienso: "¡Sí, son héroes!". No es solo él... Son decenas... Filas enteras de tumbas en el cementerio municipal... Los días de fiestas allí truenan las salvas. Se pronuncian discursos solemnes. La gente lleva flores. Allí se organizan las ceremonias de admisión a las filas de los Pioneros de la Unión Soviética... Sin embargo, otras veces maldigo al gobierno, al partido... A nuestro régimen... Aunque yo soy comunista... Pero quiero saber: "¿A santo de qué? ¿Por qué a mi hijo lo

empaquetaron en zinc?". Me maldigo a mí misma... Soy profesora de lengua y literatura rusas. Yo misma le enseñaba: "El deber es el deber, hijo mío. Hay que cumplirlo". Los maldigo a todos, pero por la mañana voy corriendo al cementerio y me disculpo:

»—Perdóname, hijo mío, por haber dicho eso. Perdóname.»

Madre

«Recibí una carta suya: "No te alarmes, cariño, si no recibes cartas. Escríbeme a la dirección de siempre". Dos meses de silencio. Ni siquiera me imaginaba que estaba en Afganistán. Incluso llegué a hacer las maletas para mudarnos juntos a su nuevo destino de servicio.

»Me escribía y me decía que tomaba el sol, que pescaba. Me envió una foto: montando en un asno, con las rodillas rozando la arena. Yo no tenía ni idea de nada hasta que vino por primera vez de vacaciones. Entonces me confesó que venía de la guerra... Un amigo suyo había perdido la vida... Antes pasaba muy poco tiempo con nuestra hija, no tenía demasiados sentimientos paternales, a lo mejor porque ella era muy pequeña. Pero esa vez llegó y se pasaba horas sentado y mirando a la cría, en sus ojos había tanta tristeza que me asustaba. Se levantaba por la mañana y la acompañaba a la guardería. Le encantaba subírsela a los hombros. Vivíamos en Kostromá, la ciudad es bonita. Por la tarde iba a buscarla. Íbamos los tres al teatro, al cine... pero por encima de todo le apetecía estar en casa. Ver la tele. Hablar.

»En el amor se volvió insaciable: me iba a trabajar, o a la cocina, y a él le daba pena perder ese tiempo juntos: "Quédate conmigo. No pasa nada si hoy no hay albóndigas. Pide vacaciones hasta que me vaya". Llegó el día de tomar el vuelo, él llegó tarde adrede, para poder pasar juntos otros dos días más.

»La última noche... Todo había sido tan bonito que lloré. Yo lloraba, él no decía nada, solo miraba y miraba. Luego me dijo:

»—Tamara, si viene otro niño, no olvides esto...

»Yo:

»—¡Te has vuelto loco! ¡Nunca te matarán! Te quiero tanto que nunca te matarán.

»Se rió.

»Él no quería tener más hijos:

»—Volveré... Cuando vuelva tendremos otro... ¿Cómo te las vas a arreglar si no tú sola?

»Aprendí a esperar. Aunque si veía un coche funerario me derrumbaba, me quedaba a punto de echarme a gritar, a llorar. Volvía corriendo a casa. Si hubiera tenido una imagen santa, me habría puesto de rodillas y habría rezado: "¡Sálvale para mí! ¡Sálvale!".

»Aquel día fui al cine... Miraba la pantalla y no veía nada. Por dentro sentía una especie de ansiedad indefinida, como si me esperasen en alguna parte, como si debiera estar en otro lugar, apenas aguanté hasta el final. Por lo visto, ese día fue cuando entró en combate...

»Pasó una semana y yo aún no sabía nada. En esos días, incluso recibí dos cartas suyas. Normalmente me alegraba, las besaba, pero aquel día me enfadé: "¡¿Cuánto más he de esperarte?!".

»Al noveno día, a las cinco de la mañana, me llegó un telegrama, me lo dejaron debajo de la puerta. El telegrama era de sus padres: "Ven. Petia ha muerto". Lancé un grito. Desperté a la cría. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? No tenía dinero. Justo ese mismo día tenía que llegar su certificado de traslado. Recuerdo que envolví a la niña con una manta roja y salí a la calle, los autobuses todavía no circulaban. Paré un taxi.

»—Al aeropuerto —dije al taxista.

»—Ya voy de camino a casa.

»Y me cerró la puerta.

»—Mi marido ha muerto en Afganistán...

»Sin decirme nada, bajó del coche y me ayudó a subir. Pasamos por casa de una amiga mía, me prestó dinero. En el aeropuerto no quedaban billetes para volar a Moscú y a mí me daba miedo sacar el telegrama del bolso y enseñarlo. ¿Y si no era cierto? ¿Y si era un error? Y si... Lo principal era no decirlo en voz alta... Lloraba, todos me miraban. Me metieron en un avión biplano de agricultura. Llegué a Minsk por la noche. Tenía que seguir, tenía que llegar a Stárie Dorogi. Los taxistas se negaban a llevarme, era demasiado le-

jos, ciento cincuenta kilómetros. Yo se lo pedía. Les suplicaba. Uno accedió: "Te costará cincuenta rublos". Le entregué todo lo que me quedaba.

»A las dos de la madrugada llegué a su casa. Todos lloraban.

»—Tal vez no sea verdad...

»—Es verdad, Tamara. Es verdad.

»Por la mañana fuimos a la comandancia. La respuesta militar fue la de siempre: "Les informaremos cuando traigan el cadáver". Esperamos otros dos días. Llamamos a Minsk: "Vengan aquí y transpórtenlo por su cuenta". Fuimos hasta allí, en la comandancia regional nos dijeron: "Lo han transportado por error a Baránavichi". Eran otros cien kilómetros, y el depósito de nuestro pequeño autocar estaba vacío. En la dirección del aeropuerto de Baránavichi no había nadie, el horario laboral se había acabado. Encontramos al vigilante.

»—Venimos a...

»—Allí —nos señaló con la mano—, hay una caja. Vayan a verlo. Si es suyo, pueden llevárselo.

»En medio del campo había una caja toda sucia, con una inscripción escrita a tiza que decía: "Teniente Dovnar". Arranqué una tablita que había en la parte donde suele estar la ventanilla del ataúd: su cara estaba intacta, pero sin afeitar y sin lavar, el ataúd le venía algo pequeño. El olor. Un olor insoportable. No había manera de acercarme, de besarlo... Así me devolvieron a mi marido...

»Me puse de rodillas ante lo que un día había sido lo más querido. Lo más amado...

»Fue el primer ataúd del pueblo de Iazil, en el distrito de Starodorozhni, de la región de Minsk. En los ojos de la gente se leía el horror. Nadie comprendía qué había ocurrido. Acerqué a mi hija para que se despidiera, ya había cumplido cuatro años y medio. Ella se puso a gritar: "Papá está negro... Tengo miedo... Papá está negro...". Bajaron el ataúd a la tumba. Todavía no había dado tiempo ni de retirar las cuerdas que se usan para bajarlo cuando de pronto estalló un trueno y empezó a granizar. Recuerdo aquel granizo, parecía gravilla blanca sobre las lilas en floración, recuerdo cómo crujía debajo de los pies. La naturaleza misma se rebelaba. Me quedé en su

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

casa durante mucho tiempo, porque allí habitaba su alma... Su padre y su madre... Sus cosas: la mesa, la cartera con la que había ido al colegio, su bicicleta... Me aferraba a cualquier objeto. Tocaba sus cosas... En la casa todo el mundo estaba callado. Me parecía que su madre me odiaba: yo seguía viva y él no, yo me casaría de nuevo, pero su hijo se había ido. Es una buena mujer, sin embargo aquellos días estaba fuera de sí. Tenía la mirada pesada, muy pesada... Ahora ella me dice: "Tamara, cásate otra vez". Pero aquellos días me daba miedo mirarla a los ojos. Su padre por poco perdió la cordura: "¡Qué buen hombre hemos perdido! ¡Le han quitado la vida!". Su madre y yo le intentábamos convencer de que a Petia le habían condecorado con una orden... de que Afganistán era necesario... la defensa de las fronteras del sur... No nos hacía caso: "¡Canallas! ¡Canallas!".

»Lo más terrible llegó después. Lo más terrible... fue acostumbrarme a la idea de que no debo esperarlo, de que ya no tengo a nadie a quien esperar. Aun así, durante mucho tiempo lo estuve esperando... Nos mudamos a otro apartamento. Por la mañana me despertaba bañada en sudor: "Vendrá Petia y no nos encontrará, vivimos en otro sitio". No lograba hacerme a la idea de que me había quedado sola, que seguiría sola. Revisaba el buzón de correo tres veces al día... Me devolvían las cartas que le había escrito y que él no llegó a recibir, venían con el sello de "El destinatario está ausente". Me dejaron de gustar las fiestas. Dejé de ver a mis amigos. Solo me quedaban los recuerdos. Recordaba los mejores momentos... Los primeros...

»El primer día nos vimos en un baile. El segundo día nos vimos en un parque. El tercer día me propuso matrimonio. Yo ya estaba comprometida. Imagínese, ¡si hasta había empezado los trámites en el registro civil! Se lo dije. Él se marchó, pero me escribía, me escribía cartas con unas letras enormes: "¡Holaaa!". Me prometió: "En enero iré y nos casaremos". Pero yo no quería casarme en enero. ¡Quería una boda en primavera! A lo grande. Con música y flores.

»Celebramos la boda en invierno, en mi pueblo. Fue de risa, a todo correr. Por la Epifanía, cuando muchos practican los sortilegios, tuve un sueño. Por la mañana se lo conté a mi madre:

»—Mamá, he soñado con un chico muy guapo. Estaba de pie en un puente y me llamaba. Vestía un uniforme militar. Pero cuando me acercaba, él se alejaba, poco a poco, hasta que ha desaparecido.

»—No te cases con un militar, acabarás sola —predijo mi madre.

»Vino solo para dos días.

»—¡Vamos al registro civil! —me propuso ya desde la puerta.

»En el sóviet rural nos dijeron:

»—¿Para qué esperar dos meses? Una botella de brandy como regalo y estará resuelto.

»Una hora más tarde ya éramos marido y mujer. Salimos a la calle, en medio de una ventisca de nieve.

»—¿En qué coche vas a llevar a tu joven esposa?

»—¡Un momento! —Levantó la mano y paró un tractor.

»Me pasé años soñando con aquel encuentro. Con ese recorrido en tractor. El conductor tocaba el claxon y nosotros nos besábamos. Hace ocho años que él ya no está... Ocho... A menudo sueño con él. En los sueños le suplico: "Cásate conmigo una vez más". Él me rechaza: "¡No! ¡No!". No solamente lloro la muerte de mi marido, lloro la muerte de un hombre extraordinario. ¡Qué hombre era! ¡Qué hombre tan apuesto! Un cuerpo grande y bello. En la calle se giraban para mirarle a él, no a mí. Siento no haber tenido un hijo suyo. Podría haberlo hecho... Yo se lo pedía. Le daba miedo...

»La segunda vez que vino de vacaciones... No había enviado ningún telegrama. No me había avisado. Yo no estaba en el apartamento. Una amiga estaba celebrando allí su cumpleaños. Él abrió la puerta: la música sonando fuerte, la gente riéndose... Él se sentó en un taburete y lloró... Todos los días me iba a buscar: "Voy hacia tu trabajo y me tiemblan las rodillas, como si fuera una cita". Recuerdo que fuimos al río, tomamos el sol, nos bañamos. Nos sentamos en la orilla delante de una hoguera:

»—No sabes lo poco que me apetece morir por una patria ajena.

»De noche me dijo:

»—Tamara, no vuelvas a casarte nunca.

»—¿Por qué dices eso?

»—Porque te quiero mucho. Y no me imagino que puedas estar con otro...

»Los días pasaban muy rápido. Y surgió algo parecido al miedo... Teníamos miedo... Hasta dejábamos a nuestra hija con los vecinos para poder pasar más tiempo juntos. No era un presentimiento, más bien una sombra... Se perfilaba una sombra... Le quedaba medio año. En la Unión Soviética ya estaban preparando el reemplazo.

»A veces tengo la sensación de vivir mucho, mucho tiempo, aunque los recuerdos siempre son los mismos. Me los he aprendido de memoria.

»La cría todavía era pequeña, un día volvió de la guardería.

»—Hoy hemos hablado de nuestros papás. Yo he dicho que mi padre es militar.

»—¿Por qué has dicho eso?

»—No me han preguntado si estaba vivo. Han preguntado qué hace.

»Ahora ya ha crecido. Cuando me enfado con ella, me aconseja:

»—Venga, mamá, cásate ya otra vez...

»—¿Qué papá te gustaría tener?

»—Me gustaría tener al mío...

»—Y si no es el tuyo, ¿cómo te gustaría que fuera?

»—Que fuera parecido a él...

»Me quedé viuda a los veinticuatro años. Los primeros meses, me hubiera casado con cualquier hombre que se me hubiera acercado. ¡Me estaba volviendo loca! No sabía cómo salvarme. A mi alrededor la vida continuaba: unos se construían una dacha, otros se compraban un coche, otros equipaban su nuevo apartamento; necesitaban una alfombra nueva, los azulejos para la cocina... un papel pintado bonito... La vida cotidiana de los otros... Pero ¿y yo? Yo me sentía como un pez sobre la arena... Por la noche me ahogaba en lágrimas... Solo ahora he comenzado a comprar algunos muebles. No conseguía levantar la mano para hacer una tarta. Para ponerme un vestido bonito. ¿Cómo iba a haber alguna celebración en mi casa? Entre 1941 y 1945 la desgracia era de todos, de todo el país. Todo el mundo había perdido a alguien. Y sabía por qué lo había

perdido. Las mujeres lloraban a coro... En la escuela técnica de cocina donde trabajo la plantilla es de cien personas. Solo yo perdí a mi marido en esa guerra, de la cual los demás como mucho habían leído alguna noticia en los periódicos. La primera vez que oí por la tele que Afganistán era una deshonra quise romper la pantalla. Aquel día enterré a mi marido por segunda vez.

»Amé al vivo durante cinco años. Ya van ocho que amo al muerto. Tal vez estoy loca. Le quiero.»

Esposa

«Nos transportaron a Samarcanda...

»Había dos tiendas de campaña, en una de ellas nos quitábamos toda nuestra ropa de civiles, los que eran más listos se las habían apañado para vender por el camino sus chaquetas y jerséis, y comprar algo de alcohol. En la otra nos entregaban prendas militares usadas: camisas de 1945, botas con caña de lona, peales. Un africano acostumbrado al calor se desmayaría solo de ver esas botas. En los países africanos subdesarrollados los soldados calzan zapatos ligeros, visten con chaquetas, pantalones y quepis adecuados. Pero nosotros estábamos allí, a cuarenta grados, caminando en formación, cantando y con los pies hirviendo. La primera semana estuvimos descargando envases de vidrio en una fábrica. Cargábamos cajas de refrescos en un almacén. Nos enviaban a trabajar a los domicilios de los oficiales, en uno de ellos levanté unos muros de ladrillo. Pasé un par de semanas arreglando el tejado de una pocilga: por cada tres placas de pizarra que montaba, vendía otras dos placas para comprar bebida. También vendíamos las tablas de madera a dos metros por un rublo. Antes del juramento nos llevaron dos veces al campo de tiro, la primera vez disparamos nueve balas a cada uno, la segunda vez tiramos una granada cada uno.

»Después nos hicieron formar filas en el campo de instrucción y leyeron la orden: "Serán destinados a la República Democrática de Afganistán para cumplir con su deber internacionalista. Los que no lo deseen, que den dos pasos adelante". Tres tipos salieron de las

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

filas. El comandante de la unidad los devolvió a las filas con un puntapié en el trasero, dijo que solo querían comprobar nuestro espíritu bélico. Nos entregaron raciones de rancho seco para tres días, un cinturón de piel, y en marcha. Así fue la jugada... No me desanimé. Para mí era la única oportunidad que tenía de ver otro país. Y, bueno... a decir verdad... también... soñaba con traerme de vuelta un magnetófono y un maletín de piel. Hasta entonces en mi vida no había ocurrido nada de interés. Mi vida era aburrida. Volamos en un enorme IL-76. La primera vez... ¡Era mi primer viaje en avión! Por la ventanilla vi las montañas. Un desierto. Soy de Pskov, lo nuestro son los bosques y los prados. Desembarcamos en Shindand. Recuerdo el día y el mes: el 19 de diciembre de 1980...

»Me miraron.

»—Mides un metro ochenta... Irás a la compañía de reconocimiento. Allí necesitan chicos de tu tamaño...

»De Shindand nos enviaron a Herat. Allí también nos tocó construir. Construimos un campo de tiro. Cavábamos la tierra, transportábamos piedras para los cimientos. Yo empizarraba el tejado, trabajaba de carpintero. Algunos no habían hecho un solo disparo hasta el primer combate. Tenía hambre todo el tiempo. En la cocina había dos bidones de cincuenta litros. Uno para el primer plato: col hervida, ni hablar de carne; otro para el segundo: puré de patata en polvo o cebada perlada hervida sin aceite. Entre cuatro compartíamos una lata de caballa en conserva, la etiqueta decía: "Fecha de envasado: 1956, caduca en un año y seis meses". En un año y medio solo dejé de tener hambre en una ocasión, fue cuando me hirieron. Pero por norma general siempre estábamos pensando en lo mismo: "¿Dónde puedo conseguir algo para comer, dónde puedo robar algo de comida?". Robábamos los huertos de los afganos, ellos nos disparaban. Fácilmente podías encontrarte con una mina. Pero nos apetecían tanto las manzanas, las peras, cualquier fruta... Les pedíamos a nuestros padres ácido cítrico, ellos nos lo enviaban en las cartas. Lo disolvíamos en agua y nos lo bebíamos. El sabor era ácido. Nos quemaba el estómago.

»Antes del primer combate... Pusieron el himno de la Unión

Soviética. Habló el responsable político. Me quedé con que el imperialismo mundial no dormía y que en casa nos esperaban como a héroes.

»No me imaginaba cómo iba yo a matar. Antes de hacer la mili había practicado mucho ciclismo, mis músculos asustaban, nunca nadie me había tocado. Ni siquiera había visto una pelea de verdad de cerca, una con cuchillos, con sangre. Viajamos en los blindados. De Shindand a Herat nos habían llevado en autobús, y después solo otra vez habíamos salido de las instalaciones en un camión. Íbamos sentados encima de la coraza, con las armas en las manos, las camisas arremangadas... Sentía una nueva sensación, desconocida. La sensación de poder, de fuerza, de seguridad. Los *keishlak* de pronto se hicieron bajos; las acequias se veían pequeñas, los árboles, escasos. Al cabo de media hora estaba tan tranquilo que empecé a sentirme como un turista. Iba observando un país desconocido, ¡puro exotismo! Otros árboles, otros pájaros, otras flores... Vi por primera vez una espina de camello. Y me olvidé de la guerra.

»Cruzamos una acequia por un puente de arcilla que, para mi sorpresa, aguantó varias toneladas de metal. De improviso, una explosión. Dispararon a los primeros vehículos desde un lanzagranadas. Se habían llevado por delante a varios chicos que yo conocía... A uno le faltaba la cabeza... Parecía un blanco de papel... Los brazos le colgaban... La consciencia no es capaz de asimilar al instante esa nueva y terrible vida... Ordenaron: "¡Preparad los morteros!". Los llamábamos "vasiliok": ciento veinte disparos por minuto. Los proyectiles volaron hacia el *keishlak* desde el que nos habían disparado, varios proyectiles a cada casa. Después del combate recogimos a los nuestros pedazo por pedazo, tuvimos que raspar algunos trozos para quitarlos de la coraza. No había chapas de identificación, desplegamos una lona que hizo de fosa común... Vete tú a identificar piernas o fragmentos de cráneos... No nos entregaban ninguna chapa. Por si caían en manos ajenas. El nombre, el apellido, la dirección... Como dice la canción: "Nuestra dirección no es una calle, ni un número, nuestra dirección es la Unión Soviética...". ¡Así fue la jugada!

»Regresamos en silencio. Éramos gente sencilla, no estábamos

acostumbrados a matar. En la instalación nos calmamos. Comimos. Limpiamos las armas. Entonces hablamos:

»—¿Un porro? —nos ofrecían los "viejos".

»—No quiero.

»No quería fumar, me daba miedo que en el futuro me costara dejarlo. Te acostumbras a las drogas muy rápidamente, hace falta mucha voluntad para dejarlas. Con el tiempo todos empezamos a fumar, si no la palmas, los nervios te revientan. Si hubiéramos tenido un traguito de vodka como en la otra guerra... pero no. No estaba permitido... La ley seca. Y nos hacía falta descargar la tensión. Olvidarnos. Echábamos hierba al arroz, a las gachas... Íbamos con los ojos fuera de órbita... De noche veíamos como los gatos. Íbamos ligeros como los murciélagos.

»Los soldados de reconocimiento no matan en un combate, lo hacen a poca distancia. No atacan con metralleta, sino con una daga, con la bayoneta, para no hacer ruido. Matan sigilosamente. Lo aprendí a hacer muy pronto, me acostumbré. ¿El primer muerto? ¿El primero al que maté de cerca? Lo recuerdo... Nos acercamos a un *keishlak*, por los prismáticos de visión nocturna lo divisamos: al lado de un árbol había una farola pequeña, junto a ella se veía el fusil, un hombre cavaba la tierra. Le dejé mi metralleta a mi compañero, me aproximé lo suficiente a él, le salté encima, lo arrojé al suelo. Le metí el turbante en la boca para que no gritara. No habíamos cogido las dagas para minimizar la carga. Yo llevaba un cortaplumas, lo usaba para abrir las latas. Era un cortaplumas de toda la vida. Ya lo tenía en el suelo... Le tiré de la barba y le corté la garganta. Después del primer asesinato... Es como después de la primera mujer... Estás alterado... Se me pasó pronto. Quieras o no, soy de pueblo, había degollado gallinas, había sacrificado una cabra. ¡Así fue la jugada!

»Yo era el explorador jefe. Normalmente salíamos de noche. Me ocultaba detrás de un árbol armado con el cuchillo... Aparecían ellos... Primero iba el vigía, había que quitárselo de en medio. Lo hacíamos por turnos... Si era mi turno... El vigía pasaba por delante, yo esperaba que se adelantase un poco y le saltaba encima, era im-

portante agarrarle muy fuerte de la cabeza con la mano izquierda y torcérsela bien hacia atrás, para que no pudiera gritar... Entonces con la mano derecha le apuñalaba por la espalda... Debajo del hígado... Atravesarlo... Con el tiempo me hice con un trofeo... Un cuchillo japonés, de treinta y un centímetros de largo. Atravesaba el cuerpo humano con mucha facilidad. Se agitaban y se caían sin hacer ruido. Uno se acostumbra. Psicológicamente era más fácil que técnicamente. Había que dar justo en el corazón... Aprendíamos kárate. Inmovilizar, atar... No fallar con los puntos dolorosos (nariz, orejas, bajo el párpado), el golpe tenía que ser exacto. Se ha de hincar el cuchillo con mucha precisión... Irrumpimos en el patio: dos en la puerta, dos dentro del patio, los demás revisando la vivienda. Por supuesto, nos llevábamos cualquier cosa que nos gustara...

»Una vez... Me fallaron los nervios... Estábamos peinando un *keishlak*. Lo habitual era abrir la puerta y lanzar dentro una granada, para evitar una ráfaga de metralleta al entrar. ¡¿Quien quería arriesgarse?! Con una granada era más seguro. Lancé la granada y entré: en el suelo yacían mujeres, dos niños y un bebé. El bebé estaba dentro de una cajita... En vez de un cochecito...

»Lo recuerdo e incluso ahora... Incluso ahora me siento mal...

»Yo quería ser bueno, pero en la guerra eso no pasa. Regresé a casa. Estoy ciego, una bala me arrancó la retina de ambos ojos. Me entró por la sien izquierda, salió por la derecha. Solo distingo luces y sombras. No he conseguido ser bueno. A menudo tengo ganas de degollar a mordiscos. Los conozco... A los que habría que degollar a mordiscos... A los... a los que ahorran en las piedras para las lápidas de nuestros chicos... A los que ahorran en las viviendas para nosotros, los inválidos: "Yo no le envié allí...". A los que les importamos un bledo... Nosotros moríamos allí mientras que ellos miraban esa guerra por la tele. Para ellos era un espectáculo. ¡Un espectáculo! Lo seguían con emoción.

»He aprendido a vivir sin ojos... Me muevo solo por la ciudad, voy en metro, hago transbordos. Cocino, mi mujer se sorprende: cocino mejor que ella. Nunca he visto a mi mujer, pero sé cómo es. Sé de qué color es su pelo, cómo es su nariz, sus labios... Oigo con

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

las manos, con mi cuerpo... Mi cuerpo ve... Sé cómo es mi hijo... Le cambiaba los pañales cuando era un bebé, lavaba sus ropitas. Ahora le llevo sobre los hombros. A veces creo que no necesito ojos. ¿Verdad que usted cierra los ojos cuando le ocurre algo importante, cuando se siente bien? Un pintor sí que necesita los ojos, porque ver es su profesión. Yo en cambio percibo el mundo... Lo oigo... Para mí la palabra significa más que para ustedes, para los que pueden ver. Las palabras y las líneas. Los sonidos. Para muchos soy un hombre que ha dejado la vida atrás: "Ese" —dicen—, ya ha acabado su guerra. Igual que Yuri Gagarin después de su viaje espacial". Ni hablar, lo más importante está por venir. Lo sé. Al cuerpo, como a la bicicleta, no hay que darle demasiada importancia, yo fui ciclista, participaba en competiciones. El cuerpo es una herramienta, la máquina con la que trabajamos, nada más. Puedo ser feliz, libre. Sin los ojos... Lo he comprendido... Cuántos videntes no lo ven. Cuando tenía ojos yo estaba más ciego que ahora. ¡Qué ganas tengo de limpiarme! De limpiarme de toda esta suciedad en la que nos metieron. De la memoria... No sabe lo horriblemente mal que me siento a veces por las noches. Todo se me echa encima de nuevo... Otra vez salto con el cuchillo encima de otro hombre... Busco dónde atravesarle... El hombre es suave, recuerdo que el cuerpo humano es suave... ¡Así es la jugada! Así es...

»De noche tengo miedo porque vuelvo a ver... En los sueños no soy ciego...»

Soldado, explorador

«No se fije en que soy menuda, de constitución delicada... Yo también estuve allí... Soy de allí...

»Cada año me cuesta más responder a esto: "Si no eres soldado, ¿por qué fuiste allí?". Tenía veintisiete años... Todas mis amigas se habían casado menos yo. Había estado un año con un chico, pero después él se casó con otra. "¡Bórralo! Quítatelo de la memoria para que nadie sepa, ni adivine, que estuvimos allí..." Esto me escribió una colega de Afgán. Pues no, no voy a borrarlo de mi memoria, pero sí quiero aclararme las ideas...

»Ya allí empezamos a entender que nos habían engañado. La pregunta es: "¿Por qué fue tan fácil engañarnos?". Porque nosotros lo anhelábamos... ¿Es así, anhelábamos? ¿Cómo se dice correctamente? Llevo demasiado tiempo viviendo sola, pronto se me olvidará el habla humana. Me callaré para siempre. Puedo confesárselo... A un hombre se lo habría ocultado, pero a una mujer se lo diré... Se me pusieron los ojos como platos cuando vi cuántas mujeres iban a esa guerra. Guapas y feas, jóvenes y no tanto. Alegres y furiosas. Panaderas, cocineras, camareras... Mujeres de la limpieza... Por supuesto, cada una tenía su interés práctico: pretendíamos ganar dinero, o incluso arreglar nuestra vida personal. Todas éramos solteras o divorciadas. En búsqueda de la felicidad. De un poco de suerte. Allí había suerte. Y la gente se enamoraba en serio. Se celebraban bodas. Tamara Solovéi... La enfermera... Trajeron en la camilla a un piloto de helicóptero, estaba negro, calcinado. Pasados dos meses me invitó a su boda: se casaban. Pregunté a mis compañeras de habitación: "¿Qué hago? Estoy de luto...". Había muerto un amigo, tenía que escribir a su madre, llevaba dos días llorando sin parar. No estaba para asistir a una boda. "A lo mejor pasado mañana su novio perderá la vida, por lo menos ahora tendrá alguien para llorar su muerte", me respondieron las chicas. Es decir, no tenía que pensar si iba o no iba, tenía que buscar un regalo. Todos llegaban con el mismo regalo: un sobrecito con vales. La tripulación del novio se presentó con una garrafa de alcohol puro. Cantamos, bailamos, brindamos. Gritamos: "¡Viva!". La felicidad es igual en cualquier parte. Sobre todo, la felicidad de la mujer... Había de todo... Pero la memoria guarda las cosas bellas... Por la noche el comandante del batallón vino a mi habitación: "¡No tengas miedo! No quiero nada. Quédate sentada, solo quiero mirarte".

»Pero ¡teníamos fe! ¡Una gran fe! Creer en algo es tan bello... ¡Es maravilloso! La sensación del engaño... Y de la fe... De algún modo esas dos cosas se juntaban en nosotros... Tal vez yo no era capaz de imaginar otra guerra, una guerra diferente de la Gran Guerra Patria. Desde niña me encantaban las películas bélicas. Pensaba que... En mi mente había imágenes. Bueno, me imaginaba situaciones... ¿Acaso un hospital militar puede prescindir de mujeres? ¿De las manos de

una mujer? Soldados quemados... torturados... Algo tan sencillo como poner la mano en la herida, transmitir un poco de fuerza emocional. ¡Eso es la misericordia! ¡Ese es el trabajo del corazón femenino! ¿Me cree usted? ¿Nos cree a nosotras? ¿Cree que no todas allí eran unas prostitutas y unas chivatas? Había muchas chicas de bien. Se lo confío como a una mujer... De mujer a mujer... Con los hombres es mejor no tocar ese tema. Se te ríen en la cara... En mi nuevo trabajo (regresé y me di de baja por voluntad propia) nadie sabe que vengo de la guerra. De Kabul... Hace poco hubo una discusión sobre Afganistán: qué guerra es, por qué... Nuestro ingeniero jefe me interrumpió: "Qué sabrá usted, una mujer joven, de asuntos bélicos... Eso son cosas de hombres...". [*Se ríe*] En la guerra vi a muchos chicos que pedían participar en misiones peligrosas. Perdían la vida sin pensárselo dos veces. Allí observaba mucho a los hombres... Los miraba a hurtadillas... Sentía curiosidad... A ver... ¿qué microbio corría por sus cabezas? Los chicos siempre están guerreando... Los había visto arriesgar la vida, los había visto matar. Y ellos se creen especiales por matar. Los ha rozado algo que no ha tocado a otros. ¿A lo mejor es como una enfermedad? Por ejemplo, existe un microbio. Un virus... Se contagian...

»Aquí todo se puso del revés... Entre nuestra gente... Nos habíamos ido de un país que necesitaba esa guerra y regresamos a un país que no la necesitaba. Nuestro socialismo se está derrumbando y no estamos para construirlo en el quinto pino. Ya nadie cita a Lenin ni a Marx. Nadie se acuerda de la revolución mundial. Adoramos a otros héroes... A los granjeros, a los empresarios... Los ideales son otros: mi casa es mi fortaleza... Pero a nosotros nos habían educado con los ejemplos de Pavka Korchaguin... De Merésiev... Sentados alrededor de una hoguera cantábamos: "Antes piensa en la Patria y después en ti". Pronto seremos el hazmerreír de todos. Nos usarán para asustar a los niños. No nos quejamos de no haber recibido lo merecido... De que no haya medallas para nosotros... Nos borraron como si no existiéramos. Caímos entre las piedras del molino...

»Los primeros seis meses no lograba conciliar el sueño. Y cuando me dormía, soñaba con cadáveres, con bombardeos. Horrorizada,

saltaba de la cama. Cerraba los ojos y otra vez volvían las mismas imágenes. Pedí hora con un neurólogo. Me escuchó y dijo sorprendido: "¿En serio ha visto tantos cadáveres?". ¡Cuánto deseé partirle la carita a ese chico! Me contuve por poco... Me convencí... ¡Podría haberle dicho unas cuantas cosas! En la guerra había aprendido. No volví a ver a ningún otro médico. Caí en una depresión... Por la mañana no quiero levantarme de la cama ni lavarme ni peinarme. Lo hago todo a la fuerza, me obligo. Voy a trabajar... Hablo con la gente... Si por la noche me preguntan qué he hecho, no sabría responder, no recuerdo nada. Cada día siento menos ganas de vivir. No puedo escuchar música. Ni leer poesía. Antes me encantaba, era mi vida... No invito nunca a nadie. Ni acepto invitaciones. No tengo dónde esconderme, ¡maldita vivienda! Vivo en un piso compartido... ¿Qué he ganado en esa guerra? Me he comprado algo de ropa... He comprado algunos muebles italianos... Pero me he quedado sola... No encontré nada en la vida de allí y ahora me siento perdida en la de aquí. No encajo en esta vida. A pesar de todo quiero creer en algo. Me han quitado... Me han robado... No solo he perdido mi dinero por la inflación, peor todavía: me han confiscado mi pasado. Ya no tengo pasado... No tengo fe... ¿De qué voy a vivir?

»¿Cree que nosotros somos crueles? ¿Se dan cuenta de lo crueles que son ustedes? No nos preguntan nada, no nos escuchan. Pero escriben de nosotros...

»No mencione mi nombre. Considere que ya no existo.»

Empleada

«Voy volando al cementerio, como quien corre a una cita...

»Los primeros días me quedaba a dormir allí... No tenía miedo... He aprendido a interpretar el vuelo de los pájaros y el susurro de la hierba. En primavera espero el brotar de las flores que salen a mi encuentro. He plantado campanillas de invierno... Para que el saludo de mi hijo me llegue cuanto antes. Se alzan hacia mí desde allí... vienen de él...

»Estoy con él hasta muy tarde. Hasta la noche. A veces empiezo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Finalmente, una breve presentación de la autora bielorrusa:

Svetlana Alexiévich (1948) es una afamada periodista, escritora y ensayista bielorrusa cuya obra ofrece un retrato profundamente crítico de la antigua Unión Soviética y de las secuelas que ha dejado en sus habitantes. Se licenció en periodismo por la Universidad de Minsk y colaboró con la revista local *Neman*, para la que escribía ensayos, cuentos y reportajes. Ha cultivado su propio género literario, al que denomina «novelas de voces», en la que el narrador es el hombre corriente –aquel que no tiene voz, el mismo que se ha llevado su propia historia a la tumba, desde la Revolución hasta Chernóbil y la caída del imperio soviético–. En sus libros, traducidos a más de veinte idiomas, Svetlana Alexiévich trata de acercarse a la dimensión humana de los hechos a través de una yuxtaposición de testimonios individuales, un *collage* que acompaña al lector y a la propia Alexiévich a un terrible «descenso al infierno». Es autora de *La guerra no tiene rostro de mujer* (1985, ed. act. 2008), *Muchachos de zinc* (1989, ed. act. 2007), *Voces de Chernóbil* (1997, ed. act. 2005), *Últimos testigos* (2004) y *El fin del «Homo Sovieticus»* (2013). Ha recibido varios galardones, entre los que cabe destacar el Premio Ryszard Kapuściński de Polonia (1996), el Premio Herder de Austria (1999), el Premio Nacional del Círculo de Críticos de Estados Unidos por *Voces de Chernóbil* (2006), el Premio Médicis de Ensayo en Francia por *Tiempo de segunda mano* (2013), el Premio de la Paz de los libreros alemanes (2013) y el Premio Nobel de Literatura (2015) «por sus escritos polifónicos, un monumento al sufrimiento y al coraje de nuestro tiempo».

FIN

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6